

Pedro Oliver Olmo

No son nazis; es población civil bombardeada

El Correo, 16 de diciembre de 2025.

Hay sectores minoritarios de la extrema izquierda que no condenan la invasión rusa de Ucrania y muestran hacia el pacifismo una hostilidad apenas disimulada. Padecen nostalgia de un vacío -la URSS que ya no existe- y una disociación psicológica que impide ver a Putin como un mandatario neoimperialista y militarista. En esta época de 'diplomacias' trumpistas y putinistas, basadas en la coacción y la fuerza, no comprenden la pregunta capital del pacifismo: ¿cómo no ser pacifista cuando nos amenazan con una guerra devastadora para toda la humanidad?

En el caso ruso y ucraniano, además de afrontar la complejidad de un conflicto que empezó antes de 2014, hay de por medio retóricas belicistas demagógicas difíciles de desentrañar. Llegan recurrentemente a los colectivos por la paz y el desarme. Una de ellas, cargando las tintas en el rechazo de un clarísimo expansionismo de la OTAN y contra las políticas represoras del gobierno ucraniano, realiza una explicación simplificadora que disculpa la agresión rusa de Ucrania y suscribe de manera acrítica su discurso belicista. Pero el pacifismo no puede adolecer de ese seguidismo acrítico, si de verdad quiere activar la protesta antiguerra en un contexto europeo de rearme y políticas antisociales, tiene que desvelarlas y denunciarlas.

La izquierda putinista no va a condenar el ataque ruso contra Ucrania. No quiere una movilización pacifista que ponga en evidencia el militarismo y la crueldad bélica de Rusia. ¿Cómo va a ganar así legitimidad para oponerse al rearme? Generará suspicacia y tendrá que escamotear sus explicaciones para no parecer parcial. Esa izquierda que acusa al antimilitarismo y el pacifismo de equidistancia por introducir en la ecuación de la guerra a los tres actores principales -la OTAN, el Gobierno de Ucrania y el de Rusia- es una izquierda de parte, una izquierda que pide algo disparatado: quitar a Rusia de la espiral de la guerra y presentar su agresión como un acto de defensa.

El pacifismo que ha sido contundente frente al militarismo occidental, debe ser también claro y coherente contra todos los militarismos, incluido el ruso. La invasión rusa de Ucrania ha llegado acompañada de narrativas que pretenden justificar las matanzas en los frentes de guerra y los bombardeos de las ciudades y las viviendas de la población civil. Son disertaciones con apariencia de razón, pero construidas para legitimar la violencia. Ninguna resiste un análisis jurídico ni histórico sólido. Y, por supuesto, ninguna puede crear un argumentario contra la condena de la invasión militar. ¿Acaso es tan difícil ver que la invasión rusa de Ucrania ha ido acompañada de una serie de relatos oficiales diseñados para justificar el uso de la fuerza, movilizar apoyo interno y crear un marco interpretativo que legitime la agresión? Entre los argumentos más reiterados destacan cuatro:

- 1) La necesidad de 'desnazificar' Ucrania.
- 2) La persecución de las poblaciones rusoparlantes, eso sí, sin asumir la irresponsable participación rusa en esas dinámicas de ataque y represión dentro de los territorios fronterizos.

3) La amenaza existencial representada por la evidente expansión de la OTAN, lo que suena increíble en boca de quienes implementan un arsenal nuclear gigantesco.

4) La apelación a vínculos históricos que cuestionarían la soberanía ucraniana.

Ninguno de los supuestos alegados por Rusia cumple los requisitos establecidos por el marco jurídico internacional. ¿Por qué ahora íbamos a desdeñar estas refutaciones jurídicas cuando las reclamamos para otros escenarios de conflicto? Es verdad que no inciden en la gran responsabilidad de la OTAN, pero es que una cosa no quita la otra. Del mismo modo, historiadores y expertos en relaciones internacionales han desmontado la idea de que Ucrania carezca de identidad nacional propia o que exista un derecho histórico que legitime la anexión o tutela política por parte de Rusia. Más que el prontuario del imperialismo moderno, las arengas de Putin parecen antiguallas ideológicas de un nacionalismo supremacista con resonancias ultraderechistas. Asimismo, el uso de conceptos como «desnazificación» no responde a hechos verificables relevantes, ni siquiera añadiendo la inquietud de que haya nazis combatiendo: ¿no es burda e injusta esa imagen de Ucrania como pueblo de nazis y con un gobierno nazi?

Lo que se intenta es crear marcos simbólicos que buscan justificar la violencia y moldear la percepción pública, tanto dentro como fuera de Rusia. La construcción de amenazas externas funciona como un instrumento político destinado a reforzar el poder interno, cohesionar el apoyo nacionalista y deslegitimar una solución pacífica y negociada. Contrarrestar esto se consigue con un enfoque crítico y de cultura de paz, para que no nos hagan 'ver' despreciables nazis donde hay gente que sufre bombardeos indiscriminados.

Pedro Oliver Olmo es doctor en Historia por la UPV y profesor titular de Historia Contemporánea en la UCLM.